

LAS MONJITAS DE SANTA CLARA¹

Señor Director:

Durante largos años, cada día de mi vida, lo primero que han visto mis ojos al salir de casa, lo último al volver a ella, ha sido el muro blanqueado de cal del vecino convento de las monjas de Santa Clara. Allí se alza todavía, como bastión de otras épocas que se mantiene firme hasta el presente. Hermético, infranqueable, ha permanecido durante siglos fiel a su misión de establecer una frontera, una línea divisora, entre el mundo circundante y las mujeres que se encerraron tras él sin otro anhelo confesado que el de buscar un especial recogimiento religioso, un orden mejor y más espiritual de vida. Muchas veces hirió mi imaginación juvenil el contraste que creía percibir entre lo que allí se escondía y lo que, como apetencia general de bienestar, de dicha, pensaba yo que debía nacer espontáneamente de toda naturaleza humana bien afincada en el mundo y en la legítima querencia de sus bienes y halagos.

Es cierto que la continua vecindad y contemplación de ese muro despertó en mí no pocas veces la curiosidad, incluso el interés —no del todo exento de desdén, lo confieso— hacia una forma de existencia que imaginaba como totalmente ajena y contrapuesta a los móviles que impulsan a las personas que viven en relación libre, continua y diversa con sus semejantes, que se mezclan unas con otras sin fórmulas inhibitorias,

1. Del libro en preparación *Historias de Conventos*.

sin barreras ideológicas ni de piedra que las aislen. Pero ese interés no fue durante mucho tiempo tan grande como para moverme a inquirir lo que realmente allí se ocultaba. Jamás pensé dedicar mi tiempo al estudio de la vida monacal y de sus posibles peripecias. Sin embargo, es bastante frecuente que se pierda lo que se busca y se llegue en cambio adonde jamás se pensó llegar. Con un rodeo, el azar nos trae a las manos lo que nunca abiertamente perseguimos. Y con frecuencia también, la meta que alcanzamos está tan llena de atractivos como aquella otra que pensamos alcanzar.

Simplemente, el destino me llevó a leer viejos papeles procedentes de conventos en un archivo destinado en parte a custordiar esos papeles. Es éste un quehacer que tiene en sí mismo algo de convencional —precisamente en los cenobios tuvieron los archivos su primer florecimiento—, pero no es este hecho el que deseo destacar sino el de que en los archivos encuentra reiteradas ocasiones de ejercitarse una potencia humana capaz de convertir la más tediosa y monótona de las ocupaciones en una actividad de interés sostenido y a veces palpitante; la curiosidad. La curiosidad y la falta de ella son como el haz y el envés de una hoja de papel que lleva por un lado escrito el aburrimiento y por el otro lado la diversión.

Otros varios conventos, de monjas y de frailes, animaron junto con el de Santa Clara la vida religiosa del pasado lagunero. San Cristóbal de La Laguna fue una ciudad de intensa vida monacal. Las monjas de clausura se hallaban recluidas en sus conventos, mientras que los frailes andaban mezclados con el pueblo, tal como su labor evangelizadora y catequística requería, tal como exigía también la gestión administrativa que a los bienes y haciendas monásticos debían dedicar. Continua e incesantemente trataban con gentes de toda clase y condición, y en sus cenobios llevaban cuenta, nota y razón de muchas cosas, tanto de las relaciones estrictamente con su comunidad como con otras varias que tocaban a un campo más amplio de relación: benefactores y protectores, compañeros y compañeras de Orden, hijos espirituales y vecinos, etc. En general, los hechos que lograron divulgación y notoriedad entre el vecindario se reflejaron de algún modo en los libros y apuntes de los frailes.

Fray Juan de Santo Tomás, monje dominico que vivió y trabajó en el convento lagunero de esta Orden en la segunda mitad del siglo XVII, llenó con su clara letra de escribano monacal voluminosos libros en los que historiaba los numerosos tributos que disfrutaba el convento por diversos motivos, especialmente por las adquisiciones de bienes espirituales que procuraban hacer quienes deseaban expiar una falta, cumplir una promesa o prepararse adecuadamente para la otra vida. Con pacien-

cia ejemplar, fray Juan reunía, ordenaba y anotaba los innumerables datos que tenían interés para la vida económica de su convento.

Pero fray Juan era un monje curioso, observador, sensible, que se interesaba por las gentes en general y por las personas en particular, por todo cuanto de vida bullía a su alrededor y en su ciudad. Al hacer la relación de las capellanías del convento y de los bienes sobre los que estaban impuestas, se sale con frecuencia de su cometido para contar otras cosas. Aunque suele hacerlo de un modo rápido, incidental y como de pasada, tal como si no se percatase totalmente del interés humano que encierran los hechos que expone, lo cierto es que nunca se olvida de hacer constar el dato curioso, interesante o dramático que a su conocimiento ha llegado. Maravilla ver cómo ciertas personas parecen no darse cuenta de su propia capacidad de percepción, pero no dejan sin embargo de hacer buen uso de ella cada vez que una ocasión propicia lo demanda. Es así como, entremezclada con la historia de los tributos, está una parte de la historia de la ciudad y de la isla, que fray Juan nos cuenta a través de las vidas y hazañas de quienes fueron sus protagonistas, los hombres y las mujeres de la época.

Aquí es donde entran realmente en esta narración las monjas de Santa Clara. Cuenta fray Juan² que quisieron elevar la altura, y de hecho comenzaron a hacerlo, de una casa que se hallaba frente a los muros del convento, concretamente por el costado del mismo que da a la desde antiguo llamada calle de La Palma. Esta calle la consideraban las monjas propiedad particular del convento, parte integrante de su «sitio» o solar; alegaban que así lo estipulaba la escritura de donación de los terrenos sobre los que se edificó el monasterio, y que el tránsito por ella se había establecido sólo para cubrir necesidades de fieles y procesiones. La existencia de estos y otros derechos y la expresada circunstancia arquitectónica ocasionaron que un hecho de importancia al parecer tan limitada como la construcción de una pared se convirtiese en algo de tan intenso y profundo significado que sacudió hasta los mismos cimientos la paz y la quietud conventuales de estas monjas austeras y recatadas.

Es aquí también donde se abre una nueva perspectiva en mi conocimiento y comprensión de la vida en un convento de monjas... A un lado y a otro de cualquier muro, los seres humanos son ante todo seres humanos. Incluso puede decirse que los impulsos que nacen en soledad, en seres no sometidos a las continuas presiones y modificaciones que el trato

2. Archivo Histórico Provincial de Santa Cruz de Tenerife, C-64-6, f. 107 v.

social impone, ante una mirada objetiva aparecen como más auténticos, más genuinos e inseparables de la naturaleza humana.

Una monja es una persona como las demás. Y una persona puede renunciar al mundo, mortificar sus deseos, reducir sus apetencias, cercenar su vida, si con ello considera que alcanza altas cimas de perfección y que sirve a un fin señero. Pero siempre será celosa de lo que le quede, de lo que considere como suyo dentro del orden al que se somete. Una renuncia no puede entenderse en rigor sino como una elección entre varias opciones. Al integrarse en una normativa, en una manera de actuar y de vivir que según su creencia es vía de acceso a las más elevadas formas de la espiritualidad, los derechos y deberes propios de esa integración crecen hasta convertirse en algo absolutamente básico y esencial. Esos derechos y esos deberes son la condición precisa para el sostenimiento de aquello en que se vive y para lo que se vive; sólo gracias a ellos puede una persona, una monja, sentir cómo su pequeñez se eleva desde ladrillo insignificante hasta porción de una estructura universal. Sólo así puede contribuir a la grandeza de lo que escoge, de lo que toma para sí pero a lo que se da también como apoyo.

Lo cierto es que, con la elevación de la vivienda, las monjas vieron amenazado el secreto de su clausura. Siempre ha sido importante la clausura para la religión católica, pero mucho más todavía lo era dentro de las ideas y costumbres de la época a que nos referimos. En realidad, el secreto de clausura era algo tan sacrosanto que no se podía ni siquiera pensar en que pudiera verse amenazado. El convento de clausura sólo existía por y para esa clausura. Las puertas que se cerraban tras la monja profesa se cerraban para siempre y ni la más pequeña rendija debía abrirse jamás para servir de comunicación entre ella y un mundo al que renunciaba de modo absoluto y definitivo.

Por esto mismo se alzaron tan alta polvareda y revuelo en el convento. Las monjas sentían que una amenaza nueva e imprevista se cernía sobre su mundo, aquel mundo al que con sacrificios y sólo por considerarlo instrumento divino de perfección se habían limitado y reducido. No sabían qué hacer. Andaban consternadas de un lado para otro, sin ese ritmo mesurado de quines han perdido contacto directo con el tiempo. Sus tocas se movían por el claustro como alas impotentes de aves atrapadas en un vendaval.

Consultaban entre sí y rezaban. Al trono del Altísimo llegaban en oleadas las preces con que las esposas virginales solicitaban ayuda en su tribulación, defensa para su intimidad amenazada... Es bien sabido que, siempre que se ha considerado la fidelidad como ingrediente valioso en el amor —en todo amor, humano o divino—, las barreras y obstáculos ahuyentadores de tentaciones han cobrado importancia fundamental.

Lo más grave del caso para ellas, que habían decidido consagrar su vida entera a la oración, era que la oración por sí sola no bastaba para resolver la angustiosa situación en que se hallaban. Las plegarias pueden no resultar el sistema mejor para conseguir un fin cuando se necesita para ello un instrumento humano. Bien está impetrar el apoyo divino, pero interrumpir el proceso de construcción de una casa precisa de medios más tangibles. Las preces solas no bastaban. El edificio subía y subía, y paralelamente crecía la consternación en el convento. Era preciso detener aquello a toda costa. Las monjas cambiaban impresiones, discutían, dudaban, lloraban...

Más finalmente, tras las últimas dudas y los últimos titubeos, amenció la luz de una resolución que señalaba el único remedio posible y hacedero. La suerte estaba echada, la decisión tomada. Una lluvia de piedras —que dibujó sobre el cielo un insólito istmo de contacto mundano— cayó sobre quienes trabajaban en levantar la aborrecida edificación. De la plegaria se había pasado a la acción: una verdadera acción guerrera a la que podríamos referirnos como a la guerra de las monjas, pues afirma fray Juan que en ella hubo disparos, y no precisamente desde el costado laico de la calzada.

En ocasiones el espíritu debe seguir extraños caminos para afianzar su dominio sobre la materia y sobre el mundo. Es más, a poco que nos fijemos, veremos que la relación entre el espíritu y la materia deriva con frecuencia hacia derroteros sorprendentes, pero que nunca están reñidos con la naturaleza humana. Que, acaso, tampoco lo estén con la naturaleza divina. Seguramente dicen verdad quienes afirman que debe actuar-se «a Dios rogando y algún disparo dando».

Cuenta también fray Juan que la construcción se detuvo, y que incluso se derribaron las tapias ya iniciadas. El respeto a lo que las monjas consideraban su derecho se impuso. Y, una vez eliminado el peligro de una no buscada proximidad mundana, cuya amenazante ola había llegado a lamer el borde mismo de los muros defensores, sus pasos pudieron recuperar la pausa y la medida del total desasimiento temporal, dentro del inviolado secreto de su clausura.

Emma González Yanes